

Un desierto que llama a las puertas

MANUEL VILLAR ARGAIZ

PROFESOR DE ECOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Hace apenas 5.000 años, jirafas, hipopótamos, leones o antílopes habitaban las tierras cubiertas por vegetación y grandes humedales en donde hoy se localiza el desierto cálido más grande de la Tierra. En numerosas cuevas del Sáhara y Norte de África, Tassili n'Ajjer y macizo de Ahaggar en Argelia, Foun Chenna en el sur de Marruecos, o Tadrart Acacus en Libia, el hombre dejaba testimonio rupestre de este pasado fértil y ecológicamente tan reciente. ¿Qué ocurrió para que este paraíso se convirtiera en una de las regiones más inhóspitas y extremas del Planeta? Uno de los descubrimientos que en los últimos años ha intrigado a los ecólogos es la teoría de los Estados Alternativos según la cual un sistema puede transitar entre dos estados de equilibrio, y además hacerlo con relativa celeridad. Pues bien, si hace 5.000 años el Sáhara era un vergel, en muy pocas generaciones rápidamente transitó hacia un estado de aridez extrema que todavía hoy perdura, y que ocupa casi 20 veces la extensión de nuestro país. Aunque los científicos coinciden en atribuir esta transición a un cambio en las condiciones climáticas naturales, sin duda este efecto se vio exacerbado por el pastoreo excesivo, la sobreexplotación de los acuíferos y la destrucción de la cubierta vegetal por el hombre.

Nos cansamos con mucha facilidad de los mensajes catastrofistas de los ecólogos que anticipan un holocausto ecológico sin precedentes. Como Trump, muchos de nosotros no nos lo creemos, pensamos que la vida es suficientemente dura tal y como es para aventurar mayores pesadumbres o, sencillamente, nuestra mente acaba saturada y obnubilada en una especie de globalización de la indiferencia. Pero existen muchas evidencias científicas que estos cambios ocurren y podrían ocurrir en España de forma muy abrupta y que, una vez traspasados ciertos límites, no existe vuelta atrás. Nuestros abuelos recuerdan fríos inviernos que hace tiempo desaparecieron de campos y ciudades y, desde que existen registros, la temperatura Tierra ha aumentado en más de un grado. Sin embargo, el verdadero peligro viene de los fenómenos meteorológicos extremos que se han anticipado o retrasado peligrosamente en nuestra región. Cae 'barro sahariano' en invierno, la temperatura del pasado mes de julio fue tres grados por encima de la media y, cuando llueve, lo hace de forma tardía y torrencial. Esto unido a sequías cada vez más recurrentes e intensas dibujan un escenario natural nada halagüeño para la región Mediterránea. Lo cierto es que, a pesar de advertir estos preocupantes síntomas, el hombre lejos de revertir, acelera con sus acciones la degradación ambiental.

Aunque la crisis ambiental no puede analizarse de forma aislada, los incendios forestales son sin duda las catástrofes más lesivas que contribuyen al deterioro de la naturaleza. Los

Aunque la crisis ambiental no puede analizarse de forma aislada, los incendios forestales son sin duda las catástrofes más lesivas que contribuyen al deterioro de la naturaleza

bosques, además de proporcionar servicios culturales o de suministro, contribuyen de manera muy efectiva a la regulación climática e hidrológica del territorio. Este año Europa ha ardido más que nunca, y en la Península Ibérica está siendo un año especialmente negro. En lo que va de verano en Portugal se han quemado más de 140.000 hectáreas, una superficie superior a la provincia de Granada, y más de 9.000 incendios han asolado espacios naturales a lo largo y ancho de nuestro país, lo que supone un 20% más que la media de los últimos diez años. Mucho que ver ha tenido la acuciante sequía y anomalías térmicas de los últimos años. Pero también nuestros políticos, que tras la modificación de la Ley de

Montes a principios del año abren la puerta a la recalificación de áreas quemadas, o nuestro sistema judicial, en el que se dan paradojas tan increíbles como la de Ourense donde un incendiario sólo tiene que comparecer semanalmente en el juzgado después de haber iniciado 14 fuegos de forma intencionada.

Y como ocurrió con el Sáhara, es muy posible que la destrucción masiva de la cubierta vegetal sea la gota que colme el vaso, aquella que nos aproxime peligrosamente a un punto de quiebre, hacia un cambio en el clima que supondría la desertificación del suelo fértil y productivo y el deterioro en la calidad de vida del hombre. Sólo entonces nos daríamos cuenta que los costes de la inacción son infinitamente más caros que los de una acción preventiva que asegurase el desarrollo sostenible del territorio y un clima más estable para generaciones venideras.

A lo largo de su corta historia de vida en la Tierra, el hombre ha demostrado que la velocidad de dañar el medio ambiente es infinitamente superior a la lentitud de la evolución biológica con la que se recuperan los ecosistemas. En su magistral Carta Encíclica 'Laudato Si' sobre el cuidado de la casa común el Papa Francisco advierte que la «degradación ambiental y la degradación humana y ética están íntimamente unidas». Por eso el respeto al mundo natural es al mismo tiempo el respeto a la persona humana, puesto que todos los seres vivos nos morimos un poco cada vez que herimos a la Diosa Gaia, nombre con el que los antiguos griegos bautizaron a la Tierra. Como seres humanos tenemos la indiscutible capacidad de ser conscientes de nosotros mismos así como de nuestro pasado, pero raramente orientamos nuestras capacidades de transformar y realizar grandes proyectos para afrontar los grandes desafíos del futuro. Es innegable que vivimos en la era de la Ecología, aquella en la más de siete mil millones de seres humanos nos jugamos la existencia como especie si, por encima de todo, no priorizamos el cuidado de la casa común. En un sabio aforismo Hipócrates predicaba que «a grandes males grandes soluciones». La India ha demostrado que la unión hace la fuerza, y más de millón y medio de voluntarios plantaron 66 millones de árboles en tan sólo medio día. Ya no es suficiente con acallar nuestras conciencias apagando las luces durante una hora el día Mundial del Medio Ambiente. Ni tampoco con limitarse a cuidar y respetar aquello que es débil. Sólo podremos cambiar de rumbo si verdaderamente nos convencemos de que para conservar el medio ambiente es imprescindible recuperar nuestros históricamente degradados y castigados territorios. Para salir de la espiral de autodestrucción en la que nos estamos sumergiendo debemos, desde el lugar de cada uno en la sociedad, tomar el apremiante camino educativo de promover todas las planes y líneas estratégicas posibles que permitan recuperar nuestros bosques.